
CARTA ENCÍCLICA: LUMEN FIDEI

(FRASES CON SENTIDO EDUCATIVO)

Viernes 5 de Julio de 2013

4. Es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe.

La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor,

6. La Iglesia nunca presupone la fe como algo descontado, sino que sabe que este don de Dios tiene que ser alimentado y robustecido para que siga guiando su camino.

7. Fe, esperanza y caridad, en admirable urdimbre, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena.

CAPÍTULO PRIMERO.

HEMOS CREÍDO EN EL AMOR

13. Creer significa confiarse a un amor misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra historia.

15 La fe cristiana es, por tanto, fe en el Amor pleno, « Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él » (1 Jn 4,16). La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino último.

18. Cristo no es sólo aquel en quien creemos, la manifestación máxima del amor de Dios, sino también aquel con quien nos unimos para poder creer.

19 Pablo: El que cree, aceptando el don de la fe, es transformado en una criatura nueva,

20 La fe en Cristo nos salva porque en él la vida se abre radicalmente a un Amor que nos precede y nos transforma desde dentro.

21 En la fe, el « yo » del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro, y así su vida se hace más grande en el Amor.

CAPÍTULO SEGUNDO.

SI NO CREÉIS, NO COMPRENDERÉIS

24 La fe, sin verdad, no salva, no da seguridad a nuestros pasos.

25. La conexión de la fe con la verdad es hoy aun más necesario, precisamente por la crisis de verdad en que nos encontramos.

26 La fe transforma toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor. La fe conoce por estar vinculada al amor, en cuanto el mismo amor trae una luz.

27. El amor no se puede reducir a un sentimiento que va y viene.

30. La verdad que la fe nos desvela está centrada en el encuentro con Cristo.

32. Cuando encontramos la luz plena del amor de Jesús, nos damos cuenta de que en cualquier amor nuestro hay ya un tenue reflejo de aquella luz y percibimos cuál es su meta última.

34. La luz del amor, propia de la fe, puede iluminar los interrogantes de nuestro tiempo.

35. La luz de la fe en Jesús ilumina también el camino de todos los que buscan a Dios. El hombre, en la medida en que se abren al amor con corazón sincero y se ponen en marcha con aquella luz que consiguen alcanzar, viven ya, sin saberlo, en la senda hacia la fe.

CAPÍTULO TERCERO

TRANSMITO LO QUE HE RECIBIDO (cf. 1 Co 15,3)

La Iglesia, madre de nuestra fe

37. La fe, puesto que es escucha y visión, se transmite también como palabra y luz.

La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama.

38. La transmisión de la fe, que brilla para todos los hombres en todo lugar, pasa también por las coordenadas temporales, de generación en generación.

La Iglesia es una Madre que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe.

39. Es imposible creer cada uno por su cuenta.

El creer se expresa como respuesta a una invitación, a una palabra que ha de ser escuchada y que no procede de mí, y por eso forma parte de un diálogo; no puede ser una mera confesión que nace del individuo.

Los sacramentos y la transmisión de la fe

40. La Iglesia, como toda familia, transmite a sus hijos el contenido de su memoria.

La Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree ».

41. La transmisión de la fe se realiza en primer lugar mediante el bautismo.

Lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva » (Rm 6,4).

43. El niño no es capaz de un acto libre para recibir la fe, no puede confesarla todavía personalmente y, precisamente por eso, la confiesan sus padres

El niño es sostenido por otros, por sus padres

A los padres corresponde, según una sentencia de san Agustín, no sólo engendrar a los hijos, sino también llevarlos a Dios, para que sean regenerados como hijos de Dios.

44. La naturaleza sacramental de la fe alcanza su máxima expresión en la eucaristía,

En la eucaristía confluyen los dos ejes por los que discurre el camino de la fe.

45. En la celebración de los sacramentos, la Iglesia transmite su memoria, en particular mediante la profesión de fe.

En la confesión de fe, toda la vida se pone en camino hacia la comunión plena con el Dios vivo.

En el Credo el creyente es invitado a entrar en el misterio que profesa y a dejarse transformar por lo que profesa.

El Credo contiene también una profesión cristológica: se recorren los misterios de la vida de Jesús hasta su muerte, resurrección y ascensión al cielo, en la espera de su venida gloriosa al final de los tiempos.

Quien confiesa la fe, se ve implicado en la verdad que confiesa.

Fe, oración y decálogo

46. La fe, se presenta como un camino, una vía a recorrer,

El decálogo adquiere su verdad más profunda, contenida en las palabras que introducen los diez mandamientos.

El decálogo es el camino de la gratitud, de la respuesta de amor.

Los cuatro elementos que contienen el tesoro de memoria que la Iglesia transmite: la confesión de fe, la celebración de los sacramentos, el camino del decálogo, la oración.

Unidad e integridad de la fe

47. La unidad de la Iglesia, en el tiempo y en el espacio, está ligada a la unidad de la fe:
« Un solo cuerpo y un solo espíritu.

El amor verdadero, a medida del amor divino, exige la verdad y, en la mirada común de la verdad, que es Jesucristo, adquiere firmeza y profundidad.

San León Magno decía: « Si la fe no es una, no es fe ».

48. Dado que la fe es una sola, debe ser confesada en toda su pureza e integridad.

Los Padres han descrito la fe como un cuerpo, el cuerpo de la verdad, que tiene diversos miembros, en analogía con el Cuerpo de Cristo y con su prolongación en la Iglesia

49. La fe se basa en la fidelidad de los testigos que han sido elegidos por el Señor para esa misión

CAPÍTULO CUARTO

DIOS PREPARA UNA CIUDAD PARA ELLOS (cf. Hb 11,16)

Fe y bien común

50. La fe revela hasta qué punto pueden ser sólidos los vínculos humanos cuando Dios se hace presente en medio de ellos.

La fe nace del encuentro con el amor originario de Dios,

La fe no aparta del mundo ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo.

Fe y familia

52. El primer ámbito que la fe ilumina en la ciudad de los hombres es la familia.

Pienso sobre todo en el matrimonio, como unión estable de un hombre y una mujer: nace de su amor, signo y presencia del amor de Dios, del reconocimiento y la aceptación de la bondad de la diferenciación sexual, que permite a los cónyuges unirse en una sola carne (cf. Gn 2,24) y ser capaces de engendrar una vida nueva, manifestación de la bondad del Creador, de su sabiduría y de su designio de amor. Fundados en este amor, hombre y mujer pueden prometerse amor mutuo con un gesto que compromete toda la vida y que recuerda tantos rasgos de la fe.

La fe, ayuda a captar en toda su profundidad y riqueza la generación de los hijos, porque hace reconocer en ella el amor creador que nos da y nos confía el misterio de una nueva persona.

53. En la familia, la fe está presente en todas las etapas de la vida, comenzando por la infancia:

Los niños aprenden a fiarse del amor de sus padres.

Es importante que los padres cultiven prácticas comunes de fe en la familia, que acompañen el crecimiento en la fe de los hijos.

Sobre todo los jóvenes, que atraviesan una edad tan compleja, rica e importante para la fe, deben sentir la cercanía y la atención de la familia y de la comunidad eclesial en su camino de crecimiento en la fe.

Los jóvenes aspiran a una vida grande.

El encuentro con Cristo, el dejarse aferrar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia, le da una esperanza sólida que no defrauda.

Luz para la vida en sociedad

54. Asimilada y profundizada en la familia, la fe ilumina todas las relaciones sociales

Es necesario volver a la verdadera raíz de la fraternidad.

Gracias a la fe, hemos descubierto la dignidad única de cada persona.

55. La fe, nos invita a buscar modelos de desarrollo que no se basen sólo en la utilidad y el provecho, sino que consideren la creación como un don del que todos somos deudores

Cuando la fe se apaga, se corre el riesgo de que los fundamentos de la vida se debiliten con ella.

La fe ilumina la vida en sociedad; poniendo todos los acontecimientos en relación con el origen y el destino de todo en el Padre que nos ama, los ilumina con una luz creativa en cada nuevo momento de la historia.

Fuerza que conforta en el sufrimiento

56. En la debilidad y en el sufrimiento se hace manifiesta y palpable el poder de Dios que supera nuestra debilidad y nuestro sufrimiento.

En la hora de la prueba, la fe nos ilumina y, precisamente en medio del sufrimiento y la debilidad, aparece claro que « no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor » (2 Co 4,5).

57. La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar.

Bienaventurada la que ha creído (Lc 1,45)

58. En la Madre de Jesús, la fe ha dado su mejor fruto, y cuando nuestra vida espiritual da fruto, nos llenamos de alegría, que es el signo más evidente de la grandeza de la fe. En su vida, María ha realizado la peregrinación de la fe, siguiendo a su Hijo.

59. Desde donde su maternidad se extenderá a todos los discípulos de su Hijo (cf. Jn 19,26-27).

60. Nos dirigimos en oración a María, madre de la Iglesia y madre de nuestra fe.

¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.